

Estalla y cruje un polo y otro polo  
Al dar el Angel la postrer señal:  
Quedó el sepulcro des poblado y solo;  
Revivió el polvo y se tornó inmortal.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!  
Cantemos su poder y su bondad:  
Al débil da la palma y la victoria;  
Confunde la altivez y la maldad.

Jehová!.. Jehová!.. Los cielos se estremecen;  
Cercado está de fuego y magestad:  
Mil siglos, mil, á un soplo desaparecen....  
El tiempo fue: nació la eternidad.

CORO.

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!  
Cantemos su poder y su bondad:  
Al débil da la palma y la victoria;  
Confunde la altivez y la maldad.

DISCURSO MORAL.

SOBRE LA PAZ DEL ÁNIMO.

¿Oyes ese rumor de ciega plebe,  
Que inquieta hierve en pórticos y plazas,  
Mientras la envidia, el odio y la calumnia  
Para saciar la sed, sangre demandan?...  
Del tribunal las puertas se estremecen,  
Del tropel á las recias oleadas;  
Y hasta en los mismos templos de los Dioses  
Con ahullidos se invoca su venganza!...

En tanto reclinado sobre el lecho,  
Reflejando en la faz la paz del alma,  
A sus caros discípulos y amigos  
Por la postrera vez Sócrates habla:  
Uno en el manto la cabeza envuelve,  
Para ocultar sus lágrimas amargas;  
Mira otro al cielo y su injusticia acusa;  
Y otro los ojos en la tierra clava.

Solo él tranquilo, plácido discurre;  
La ingratitud perdona de su patria;  
Y á sus fieles amigos aterrados  
Consuela con dulcísimas palabras:  
Mas allá del sepulcro vé un reflejo,  
Que de su pecho alienta la esperanza.  
Y con sereno rostro y labio puro

A la copa fatal la diestra alarga.

No son, Delio, los hierros mas pesados  
Los que agena crueldad tal vez forjára;  
Que libre el alma en la prision respira,  
Y al justo los suplicios no acobardan:  
Las cadenas mas graves y enojosas  
Son las que el hombre con su mano labra,  
Y esclavo de sus miseras pasiones  
Con lento paso por el cieno arrastra.

Aquel mortal que aclama afortunado  
El ciego vulgo en la soberbia estancia,  
De mármoles bruñidos las paredes,  
Los ricos muebles de luciente plata;  
Tal vez envidia en la medrosa noche  
El hondo sueño y la profunda calma  
En que yacen sus siervos sumergidos,  
Mientras á nuevo afan los llama el alba.

Sobre lecho de sándalo y de rosas,  
En los brazos se mece de su amada  
El muelle sibarita: en sus oidos  
Resuena el eco de lejana flauta;  
Y en vaga nube aromas de Oriente  
Al rededor los aires embalsaman...  
Mas solloza infeliz: las mismas flores,  
Si se doblan sus hojas, le maltratan;  
Y al apurar la copa del deleite,  
Prueba las heces en el fondo amargas.

¿Imaginas acaso mas dichoso

Al que respira del favor el aura;  
Y del poder alzándose á la cumbre  
Una turba de esclavos vé á sus plantas?  
¡Qué ciego error! como traidora sierpe,  
Para encumbrarse el pérfido se arrastra;  
Y hasta en el seno que le diera abrigo,  
Acecha el corazon y el dardo clava:  
Suspira, teme, gime, se estremece;  
Su propia sombra cual rival le espanta;  
Y hasta en los muros mismos del palacio  
Su sentencia de muerte vé grabada.

¿Dónde presumes se encontró el modelo  
De los rudos tormentos, penas, ansias,  
Que del mortal la ardiente fantasía  
En el profundo Tártaro soñára?...  
La imágen de la tierra copió el hombre;  
Y con pavor y asombro retratadas  
Vió en vez de Furias las pasiones mismas  
Que con eterno yugo le avasallan.  
Este á colmar aspira con metales  
Ancho tonel sin fondo; junto al agua,  
De sed espira aquel; voraz envidia  
Está royendo á esotro las entrañas;  
Mientras con vano afan á la ardua cumbre  
Los mas conducen la pesada carga.  
¡Cuán pocos, de su estado satisfechos,  
Exentos de temor y de esperanza,  
La paz del alma conservar procuran,

Cual sumo bien á que ninguno iguala!  
Solo en fácil y grata medianía  
Disfruta el hombre dicha tan colmada,  
Sin que el hado propicio le embriague,  
Ni le rinda vilmente la desgracia:  
En el lóbrego seno de honda mina,  
De la tierra en las íntimas entrañas,  
El esclavo infeliz alienta apénas,  
Y su existencia, cual la luz, se apaga;  
Mas si osado el mortal remonta el vuelo,  
Y en leve globo por los aires vaga,  
En la etérea region se desvanece,  
La vista pierde, el respirar le falta.

Yo tambien ¡ay de mí! débil juguete  
Una vez y otra de la suerte varia,  
Subí á las nubes y bajé al abismo,  
Cual frágil nave en áspera borrasca;  
Y al verme, Delio, solo y sin amparo,  
Perdido el rumbo entre las ondas bravas,  
La vista alzaba al cielo, y le pedia  
Tranquilo puerto, venturosa calma

## EL HUÉRFANO.

Mientras el crudo diciembre  
Arroja nieve y granizo,  
Y del palacio las puertas  
Connmueve el ábrego impío,  
A su amparo en noche oscura  
Se acoge un mísero niño,  
Que abandonaron sus padres  
Y no halla en el mundo asilo:  
Ambas manos junto al pecho,  
Tiembla de susto y de frio;  
Y hasta el aliento le falta  
Para demandar auxilio...  
Jamás tuvo el inocente  
Quien oyera sus suspiros,  
Quien enjugase su llanto,  
Quien le llamára su hijo!  
En el hueco de unas rocas  
Le hallaron recién nacido,  
Sin mas protector que el cielo,  
Ni mas padre que Dios mismo;  
Solo Dios, que abre su mano  
Para el tierno pajarillo,  
Y hasta en el aura derrama  
Las semillas y el rocío.

Huérfano desventurado,  
 No llores tan afligido;  
 Y llama á la misma puerta  
 Que hora te sirve de arrimo:  
 Llama otra vez, que su dueño  
 En blando lecho adormido,  
 En sueños vé los tesoros  
 Que conducen sus navíos;  
 Y no ha de ser tan cruel,  
 Que al escuchar tus gemidos  
 Te niegue un mísero sustento,  
 Te niegue un mísero abrigo.

« Amparad piadosos

A un niño infeliz;

Y Dios os lo premie

Mil veces y mil!

Solo y desvalido

; Ay triste! nací;

Que mi propia madre

Me alejó de sí...

Si madre tuvisteis,

A Dios bendecid;

Y en memoria suya

Doléos de mí!

Nunca una palabra

Cariñosa oí;

Llanto de mis ojos

Por leche bebí...

Por Dios y su Madre,

Piadosos abrid;

Si no, á vuestra puerta

Me vereis morir!...

Apénas estas palabras

Sollozaba el huerfanito,

Cuando dentro del palacio

Sonó de un can el ladrido:

Cien esclavos acudieron;

Y amenazaron al niño,

Si en mal hora el dueño adusto

Despertaba á sus gemidos.

#### EL SEPULCRO DE HINDELBANK.

Era una tarde de agosto,

Y ya el sol se iba escondiendo,

La alta cumbre de los Alpes

Dorando con sus reflejos,

Cuando á un valle no lejano

Bajé por agrio recuesto,

Triste y angustiada el alma,

Débil y rendido el cuerpo...

\* En este pueblecito de Suiza (canton de Berna) se halla efectivamente un sepulcro tal como aquí se describe.

El sitio agreste, sombrío,  
 La soledad, el silencio,  
 El rumor de una cascada  
 Que resonaba á lo lejos,  
 En apacible tristeza  
 Mis pesares convirtieron;  
 Sentí mas leve mi planta  
 Y mas tranquilo mi pecho.

El ánimo embebecido  
 Vagaba en mil pensamientos,  
 Y libre el pie por el valle  
 Giraba con rumbo incierto,  
 Cuando sin yo aperebirlo  
 Me ví cercado de un pueblo,  
 Con sus rústicos hogares  
 En la llanura dispersos;  
 Por lo humilde y por lo pobre,  
 Por lo escondido y secreto,  
 Resguardado de los vicios,  
 Defendido de los vientos.  
 « Felices (clamé) mil veces  
 Los que á la suerte debieron  
 Nacer en este recinto,  
 Y morir donde nacieron!  
 Su patria su mismo hogar,  
 Estos montes su universo,  
 Su mar el vecino lago,  
 Y su tesoro su apero :

Jamas oyeron el nombre  
 De señores ni de siervos,  
 Ni la ambicion ni la envidia  
 Turbaron nunca su sueño:  
 Contentos los halla el alba;  
 El sol los deja contentos;  
 Y corre su mansa vida  
 Como este manso arroyuelo.

Al pronunciar estas voces,  
 Me hallé á las puertas de un templo,  
 Sencillo cual las costumbres  
 De aquel inocente pueblo;  
 No de mármoles labrado  
 Ostentaba el pavimento,  
 De bronce y jaspe los muros,  
 Ni la techumbre de cedro;  
 Pero en su pobre recinto  
 El ánimo mas sereno  
 De la tierra se alejaba,  
 Y remontábase al cielo.  
 En el quicio me detuve,  
 Lleno de santo respeto;  
 Que hasta pavor me infundia  
 De mis pisadas el eco.  
 Mas al fin osé internarme;  
 Y ví un sepulcro entreabierto,  
 Por una mano piadosa  
 Cavado en el mismo suelo:

La piedra rota en pedazos,  
 Como en el día tremendo  
 En que al son de la trompeta  
 La tierra abrirá sus senos;  
 Y alzándose de la tumba  
 De hermosa matrona el cuerpo,  
 Que al dar la vida á su hijo,  
 Ambos al par la perdieron.  
 La infeliz madre parece  
 Temer de la losa el peso,  
 Y su mano la sustenta  
 Resguardando al niño tierno:  
 Que es madre bien se conoce  
 En el cuidado y afecto  
 Con que le eleva en sus brazos,  
 Y humilde le ofrece al cielo:  
 «Tú, Dios mio, me le diste;  
 A tí, mi Dios, lo devuelvo;  
 Y el hijo de mis entrañas  
 Gozoso vuela á tu seno!  
 El inocente se muestra  
 Alegre el rostro y risueño,  
 Y por su madre parece  
 Interceder con su ruego;  
 En tanto que ella sumisa  
 De Dios aguarda el decreto,  
 Y el íris de la esperanza  
 Le brinda paz y consuelo.

Inmóvil y silencioso  
 Permanecí largo trecho,  
 Cual si inquietarlos temiese  
 Con el soplo de mi aliento:  
 Vivos á entrambos veía,  
 Escuchaba sus acentos,  
 Y de terror religioso  
 Sentí embargados mis miembros...  
 Mas las sombras de la noche  
 Iban tan densas creciendo,  
 Que apenas ya consentían  
 Ni distinguir los objetos:  
 La madre y el tierno niño  
 En breve desaparecieron;  
 Y al borde yo del sepulcro,  
 La vista fija en su centro,  
 De la eternidad creía  
 Estar pisando el lindero.

## EPÍSTOLA\*.

Desde las tristes márgenes del Sena,  
Cubierto el cielo de apiñadas nubes,  
De nieve el suelo, y de tristeza el alma,  
Salud te envia tu infeliz amigo,  
A tí mas infeliz!... y ni le arredra  
El temor de tocar la cruda llaga,  
Que aun brota sangre, y de mirar tus ojos  
Bañarse en nuevas lágrimas... ¿Qué fuera  
Si no llorára el hombre?... Yo mil veces  
He bendecido á Dios que nos dió el llanto  
Para aliviar el corazon, cual vemos  
Calmar la lluvia al mar tempestuoso.

Llora pues, llora: otros amigos fieles,  
De mas saber y de mayor ventura,  
De la estóica virtud en tus oidos  
Harán sonar la voz; yo que en el mundo  
Del cáliz de amargura una vez y otra  
Apuré hasta las heces, no hallé nunca  
Mas alivio al dolor que el dolor mismo;  
Hasta que ya cansada, sin aliento,

\* Se incluyó esta composicion en la *Corona fúnebre*, publicada en el año de 1830 per el excelentísimo señor duque de Frias con motivo del fallecimiento de su Esposa.

Luchando el alma y reluchando en vano,  
Bajo el inmenso peso se rendia...

¿Lo creerás, caro amigo?... Llega un tiempo  
En que gastados del dolor los filos,  
Ese afan, esa angustia, esa congoja  
Truécanse al fin en plácida tristeza;  
Y en ella absorta, embebecida el alma,  
Replégase en sí misma silenciosa,  
Y ni la dicha ni el placer envidia.

Tú dudas que así sea: y yo otras veces  
Lo dudé como tú; juzgaba eterna  
Mi profunda afliccion, y grave insulto  
Anunciarme que un tiempo fin tendria...  
Y le tuvo: de Dios á los mortales  
Es esta otra merced; que así tan solo,  
Entre tantas desdichas y miserias,  
Sufrir pudieran la cansada vida.

Espera pues: da crédito á mis voces,  
Y fiate de mí... ¿Quién en el mundo  
Compró tan caro el triste privilegio  
De hablar de la desdicha?... En tantos años,  
¿Viste un dia siquiera, un solo dia,  
En que no me mirases vil juguete  
De un destino fatal, cual débil rama  
Que el huracan arranca, y por los aires  
La remonta un instante, y contra el suelo  
La arroja luego y la revuelca impío?...  
Lo sé: contra los golpes de la suerte,

Cuando solo en nosotros los descarga,  
 El firme corazón opone escudo;  
 Mas no acontece así... ¿Y acaso piensas  
 Que no he perdido nunca á quien amaba  
 Mas que á mi propia vida?... Si un momento  
 Te da tregua el dolor, vuelve los ojos  
 A un huérfano infeliz, enfermo, triste,  
 Solo en el mundo, sin tener ya apénas  
 A quien llorar... que á todos en la tumba  
 Unos tras otros los hundi6 la muerte.

En la misma estacion (¿vés? tu desgracia  
 Ha vuelto á abrir mi dolorosa herida)  
 Perdí una madre tierna, idolatrada,  
 Mi dicha y mi consuelo; tras sus huellas  
 Mi triste padre descendió á la tumba;  
 Y abrazados bajaron, de consuno  
 Pronunciando mi nombre, que á lo lejos  
 Sonó en mi corazón, no en mis oídos...  
 Corrí, volé, llegué; mas ya fue en vano:  
 La fatal losa á entrambos cobijaba;  
 Y para colmo de pesar y angustia;  
 Aun encontré la tierra removida!

Tú has hallado, si es dable, mas consuelos  
 En tu grave afliccion... Aunque rebelde  
 Se vuelva contra mí tu pena misma,  
 Por fuerza has de escuchar mi voz severa,  
 Que no aduló jamas á la fortuna,  
 Ni ahora adula al dolor.— Tú en tu desgracia

Hallaste mil consuelos, que la suerte  
 Cruelmente me negó: viste á tu Esposa  
 Y la cuidaste en su dolencia extrema;  
 Tú recibiste su postrer suspiro;  
 Tú estrechaste su mano; tú la viste  
 Tender á tí los brazos, y cual prenda  
 En los tuyos dejar su amada hija...

Pero yo propio, sin querer, ahondé  
 El puñal en tu pecho, renovando  
 Ante tu vista la funesta imágen  
 De la noche fatal, en que aun luchaba  
 La vida con la muerte... Ya sus penas  
 Para siempre acabaron: ella misma,  
 Vueltos al cielo los piadosos ojos,  
 Se lo rogó en su angustia; y la esperanza  
 Brilló al morir en su serena frente.

¡Oh, si nos fuera dado del sepulcro  
 Penetrar los arcanos!... ¡Cuántas veces  
 Nuestro acerbo dolor se templaría!  
 En este mismo instante, en que lamentas  
 De tu mísera Esposa el fatal hado,  
 ¿Quién te ha dicho, infeliz, que mas dichosa  
 No esté gozando de eternal ventura?  
 ¡Callas, y sobre el pecho la cabeza  
 Dejas caer!... No calles, no; responde  
 Sondea, si te atreves, el abismo  
 Que de tu amada Esposa te separa;  
 Cruza la eternidad; y luego dime



En dónde está, si es mísera ó dichosa,  
Si pide luto ó parabien.

No ha mucho  
(A tí contarlo puedo; alegres otros  
Riieran de mi triste desvarío)  
Hallándome en la orilla encantadora  
Del mar tirreno, la ciudad dejaba,  
Madre de los placeres; y á Pompeya  
La débil planta absorto dirigia...  
Fuentes, jardines, quintas y palacios  
A mis ojos brillaban; mas la mente  
Penetraba mas hondo, y poco á poco  
Se iba estrechando el corazon... las flores  
Entre lava nacian; y esos pueblos,  
Hoy ricos, florecientes, ocultaban  
Otros pueblos felices algun dia,  
Labrados sobre otros que ya fueron.

Llegaba al fin á divisar los muros  
De la ciudad desierta; y ya anunciaban  
Que fue un tiempo morada de los hombres  
Los sepulcros que orlaban la ancha via:  
A su arrimo descansa el pasajero;  
Que ellos le dan sombra y reposo... Al cabo,  
A las puertas tocaba; y en su linde  
El vacilante pie se detenia,  
Cual si temiese profanar osado  
La mansion de los muertos.—Ni un acento,  
Ni una voz, ni un murmullo... hasta parece

Que el eco está allí mudo, y no responde.  
Cruzaba lento las estrechas calles  
Sin huella humana; pórticos y plazas  
Sin un solo viviente; en pie los muros,  
Desiertos los hogares; y en los templos  
Sin víctimas las aras... y aun sin Dioses.

¡Qué pequeño, qué mísero y mezquino  
El mundo ante mis ojos parecia  
Cuando me hallaba allí!... Sonrisa amarga  
Asomaba á mis labios, recordando  
La ambicion de los hombres, sus venganzas,  
Sus proyectos sin fin: un breve soplo  
Sus bienes y sus males como el humo  
Disipa; y la ceniza á cubrir basta  
Una inmensa ciudad, cual leve polvo  
Cubre un vil hormiguero...

Así abismado  
En tristes reflexiones, recorria  
Aquel vasto recinto silencioso,  
Cual una sombra vaga entre sepulcros:  
Los lazos que me ataban á la tierra,  
Aflojarse sentia; y libre el alma  
Lanzábase, dejando atras los siglos,  
Al espacio sin límites... ¡Si vieras  
Lo que es la triste vida, comparada  
A aquella inmensidad! De cierto, amigo,  
Cuajadas en tus ojos quedarian  
Esas copiosas lágrimas que viertes;

Y en la tierra fijándolos, tú propio  
Allí vieras el término á los males,  
El descanso y la paz, de que ya goza  
La que tú lloras; tú que por el suelo  
Arrastras como yo la dura carga.

Mas en tanto que el cielo te concede  
Volverte á unir á tu adorada Esposa,  
Consagra á su memoria los instantes  
Que de ella ausente estés; y su recuerdo  
Tu corazon anime; y en tus labios  
Resuene siempre su apacible nombre...  
; Ni cómo de tu Esposa olvidarias  
El claro ingenio, el alma generosa,  
La divina beldad; dotes preciados  
Que rara vez el mundo admiró unidos!

Mas ya te veo hácia el opaco bosque  
De cipreses y adelfas caminando,  
Pendiente de tu diestra una corona  
De tristes siemprevivas; y los ojos  
Apénas alzas, descubrir temiendo  
El monumento de perpetua pena  
Que de tu Esposa las cenizas guarda...  
Tanto infeliz como acorrió piadosa,  
Tanto huérfano pobre y desvalido  
De que fue tierna madre, los que un dia  
Su bondad y sus prendas admiraron,  
En largas filas, silenciosos, mustios,  
Tus pasos lentamente van siguiendo,

Y cercan su sepulcro... ; No los oyes?  
Suyos son los tristísimos sollozos,  
Suyas las quejas y el confuso llanto  
Que interrumpen las fúnebres plegarias...  
Yo aquí no tengo, para ornar su tumba,  
Ni una flor que enviarte: que las flores  
No nacen entre el hielo; y si naciesen,  
Solo al tocarlas yo se marchitarán.

## DISCURSO MORAL

## SOBRE LA TEMPLANZA EN LOS DESEOS.

¿De qué se queja, Arnesto, el débil hombre  
Si su menguada condicion olvida;  
Y sin límite esplaya sus deseos,  
Cual turbio mar sin fondo y sin orilla?...  
Nace llorando en angustiosa cuna,  
Y largo tiempo con afan respira;  
Amparando su frágil existencia  
De una madre el amor y las caricias:  
Como sueño fugaz vuela su infancia,  
Sin que acierte á gustar su breve dicha; Y  
Y apénas ya garzon saluda ufano  
La grata primavera de la vida,  
Él propio acorta el término á sus bienes,  
Y cuanto toca, con su ardor marchita.

De una ilusion en otra, de un delirio  
Precipítase en mil; ansia, suspira,  
Corre con loco afan, tiende los brazos  
Tras una y otra sombra fugitiva;  
Y al ir ya á estrechar contra su seno,  
La suerte con un soplo la disipa.

Así agota su mísera existencia;  
Eternos juzga los veloces dias;  
Y los granos de arena cuenta ansioso  
Que miden los instantes de su vida;  
Mientras de males y dolor cargada  
La vejez lentamente se avecina;  
Y al ir el infeliz á dar un paso,  
Abierta ante sus pies la tumba mira.

¿Quién en el mundo, quién, dime uno solo  
Que el breve espacio con sus ojos mida;  
Y el ímpetu modere y el aliento,  
Con la meta fatal siempre á la vista?...  
Corren los unos á estrellarse ciegos;  
Con gesto y voz aquellos los animan;  
Y otros los siguen, y otros los empujan;  
Y todos á la par se precipitan...

Labra en arena su ventura el hombre:  
Y segura y eterna la imagina;  
Sin reparar en la funesta playa  
Las rotas naves y recientes ruinas:  
Como al pie mismo del Vesubio ardiente  
Cercas, hogares, pueblos se fabrican

De otros pueblos con míseros escombros,  
Con la tostada lava apenas tibia!

Aunque la ciega suerte muestre acaso  
La engañadora faz grata y propicia,  
No en tu ilusion presumas, caro Arnesto,  
Que disfrute el mortal dicha cumplida:  
El goce de los bienes mas ansiados,  
De otros mayores el afan excita;  
Y apenas á una cumbre asciende el hombre,  
Otras mas altas sobre sí divisa:  
Cual el viagero en los fragosos Alpes  
Cien y cien montes trepa con fatiga;  
Y cuando sueña el término cercano,  
Vé allá en los cielos la nevada cima.

En frágil tabla al piélagos sañudo  
Se arroja el mercadante: hogar, familia,  
Patria, amigos, esposa, hermanos, hijos,  
A la sed de riqueza sacrifica;  
Sin que le asombre la distancia inmensa  
El hondo mar, el ignorado clima,  
Ni pestilente fiebre que le aguarda  
Cual triste nuncio en la fatal orilla.  
Llega, corre, se afana, de mil siervos  
Rinde el esfuerzo á la mortal fatiga;  
De avara acusa el mísero á la tierra;  
Y estéril halla la opulenta mina.

Árbitro de la Grecia, en regio trono  
El hijo de Filipo se vió un dia;

Y en tan estrechos límites se ahoga,  
 Y estiende victorioso sus conquistas:  
 Tiembla á su voz la Europa, tiembla el Asia;  
 Cien y cien reyes doblan la rodilla;  
 Y al llegar á los términos del mundo,  
 Aun halla estrecho el ámbito y suspira.

¿Pero á qué en el torrente de otros siglos  
 Buscar tanto escarmiento, tanta ruina,  
 Cuando á mirarlas con los propios ojos  
 Nos condenó á los dos la suerte impía?  
 Al abrirlos al sol por vez primera,  
 Temblaba ya la tierra estremecida;  
 Y al pasar la niñez en leves juegos,  
 A raudales la sangre se vertía:  
 La juventud en vano lisonjera  
 Nos brindó con amores y delicias;  
 Mientras la voz de la afligida patria  
 Ahogaba en nuestros pechos la alegría,  
 Y en vez de amenos prados, solo vimos  
 A hierro y fuego yermas las campiñas.

¿Mas qué fue del mortal que allá en su mente  
 El destino del Orbe revolvía,  
 Y árbitro de la suerte y la victoria  
 La tierra un tiempo le aclamó sumisa?  
 El eco de su nombre llenó el mundo,  
 Cuando apenas sus pálidas mejillas  
 El bozo sombreaba; y en los Alpes  
 Borró las huellas que dejara Anibal:

Venció, tornó á vencer, domó la Italia;  
 Llevó despues al Nilo sus insignias;  
 Y al imperio aspiró del rico Oriente  
 Por los tristes desiertos de la Siria.  
 Mas revolvió la vista hácia su patria,  
 Que desgarraba sus entrañas mismas,  
 Y el corazon latíéndole en el pecho,  
 A su ambicion el lauro pronostica:  
 Voló, llegó, paró con fuerte diestra  
 El carro que al abismo ya corria;  
 Mas le cargó de grillos y cadenas,  
 Y un monte de trofeos le echó encima.  
 En su cumbre asentado, vió á sus plantas  
 Una diadema en sangre humedecida;  
 Y la recoge audaz, su frente ciñe,  
 Y á la Europa aterrada leyes dicta.

Búscales ahora, búscale, si puedes,  
 En el estrecho hogar de estéril isla,  
 Cual leve punto en el espacio inmenso,  
 En el seno del piélago perdida...  
 Míralo; él es, Arnesto: solo, inmóvil  
 Sobre una roca en la desierta orilla,  
 Quien vió á sus pies postradas cien naciones  
 Y cien coronas en el polvo hundidas,  
 Vé crecer y llegar las recias olas,  
 Que amenazan su planta estremecida;  
 Y apenas á su mísero sepulcro  
 Asilo y paz concederán un día!

## LA VUELTA Á LA PATRIA.

(Granada, 27 de octubre de 1831.)

Amada patria mia,  
 Al fin te vuelvo á ver!... Tu hermoso suelo,  
 Tus campos de abundancia y de alegría,  
 Tu claro sol y tu apacible cielo!...  
 Sí: ya miro magnífica estenderse  
 De una y otra colina á la llanura  
 La famosa ciudad; descollar torres  
 Entre jardines de eternal verdura;  
 Besar sus muros cristalinos rios;  
 Su vega circundar erguidos montes;  
 Y la Nevada Sierra  
 Coronar los lejanos horizontes.  
 No en vanó tu memoria  
 Do quiera me seguia;  
 Turbaba mi placer, mi paz, mi gloria;  
 El corazon y el alma me oprimia!  
 Del Támésis y el Sena  
 En la aterida márgen recordaba  
 Del Dauro y del Genil la orilla amena;  
 Y triste suspiraba;  
 Y al ensayar tal vez alegre canto,  
 Doblábase mi pena,  
 Mi voz ahogaba el reprimido llanto,

El Arno delicioso  
 Me ofreció en balde su feraz recinto,  
 Esmaltado de flores,  
 Asilo de la paz y los amores:  
 « Mas florida es la vega  
 Que el manso Genil riega;  
 Mas grata la morada  
 De la hermosa Granada... »  
 Y tan sentidas voces  
 Murmuraba con triste desconsuelo;  
 Y el hogar de mis padres recordando,  
 Los mustios ojos levantaba al cielo.  
 Tal vez en mi dolor mas me aplacia  
 De agreste sitio el solitario aspecto;  
 De las ciudades azorado huía,  
 Y ansioso, palpitante,  
 Los escabrosos Alpes recorria;  
 Mas su nevada cumbre  
 No tan viva y tan pura reflejaba  
 Del sol la clara lumbre  
 Cual la Nevada Sierra,  
 Cuando el astro del dia  
 Un torrente de luz vierte en la tierra.  
 De Pompeya las ruinas pavorosas,  
 Sus calles silenciosas,  
 Sus pórticos desiertos,  
 De yerba ya cubiertos,  
 Mi profundo pesar lisonjaban;

Y graves reflexiones  
 En mi agitada mente despertaban:  
 ¿Qué vale el poder vano  
 Del miserable humano?  
 En abatir su orgullo y su renombre  
 La suerte se complace;  
 Y las obras que eternas juzga el hombre,  
 Con un soplo deshace...  
 Por el rastro de escombros junto al Tiber  
 Hoy busca el caminante  
 Del sumo Jove la ciudad triunfante:  
 Rompe el arado la fecunda tierra,  
 Que cual lóbrega tumba  
 Los sacros restos de Herculano encierra;  
 Y si Pompeya en pie mira sus muros,  
 Los siglos carcomieron su cimiento;  
 Y al respirar el viento,  
 Tiemblan sobre su planta mal seguros:  
 Así en mi juventud yo ví las torres  
 De la soberbia Alhambra quebrantadas  
 Amenazar del Dauro la corriente  
 Con su ruina inminente;  
 Cada rápido instante de mi vida  
 El plazo apresuró de su caída;  
 Y del antiguo Alcázar soberano,  
 En que el moro poder vinculó ufano  
 Su gloria á las edades,  
 Tal vez un día ni hallarán mis ojos

Los míseros despojados...  
 A tan funesta imágen, en el pecho  
 Mi corazon se ahogaba;  
 Y en lágrimas deshecho,  
 Al pie de los sepulcros me postraba...  
 ¿Cuál es tu mágia, tu inefable encanto,  
 Oh patria, oh dulce nombre,  
 Tan grato siempre al hombre?  
 El tostado africano,  
 Lejos tal vez de su nativa arena,  
 Con pesar y desden los prados mira,  
 Y por ella suspira:  
 Hasta el rudo lapon, si en hora infausta  
 Se vió arrancado del materno suelo,  
 Envidia y ansia las eternas noches,  
 Los yertos campos y el perpetuo hielo;  
 Y yo, á quien diera la benigna suerte  
 Nacer, Granada, en tu feliz regazo,  
 Y crecer en tu seno,  
 De tantos bienes lleno;  
 Yo triste, ausente de la patria mia,  
 De tí me olvidaria!  
 En las ásperas costas africanas,  
 Al náufrago inhumanas,  
 Yo tu sagrado nombre repetia;  
 Y las inquietas olas  
 Llevábanlo á las costas españolas:  
 En el polo apartado

Oyólo de mi labio el mar furioso;  
 Por el teson del bátavo enfrenado;  
 Oyólo el Rhin, el Ródano espumoso,  
 El alto Pirineo, el Apenino;  
 Y del Vesubio ardiente  
 En el cóncavo hueco  
 Por vez primera repitiólo el eco \*

\* Alude este pasage á haber penetrado el autor dentro del cráter del Vesubio en la madrugada del día 7 de abril de 1824.

## FRAGMENTO PRIMERO.

Apresenta una Vision del Monte Vesuvio, he-  
 cho en el punto de la Alhambra, y le colóca á  
 guisa de un cuadro.

Nota. Hace un año y medio la composición

de este poema, que ni concluí entonces, ni es pro-  
 ble lo concluya en mi vida; por cuyo motivo me he  
 determinado substraer al público estos versos segun-  
 tos, eligiendo para ello los que de mejor efecto lo con-  
 sidero, por haberlos yo ya en un cuadro  
 completo y acabado.

## UN POEMA.